

PRÓXIMO NÚMERO:

La extraordinariamente
emocionante novela

Milagro de juventud

Protagonistas:

MIRIAM COOPER y RALPH GRAVES

Super-joya del PROGRAMA REALART

Asunto muy sentimental

Postal-fotografía-regalo:

GEORGE O'BRIEN

Numerosas ilustraciones fotográficas

Precio: 25 céntimos

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles en toda España.

E. VERDAQUER MORERA.- TOPETE, IN. TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 151

25 cts.



EL NAUFRAGIO DE
LA HUMANIDAD

por Mme. Wallace Reid,
James Kirwood y Bessie Love

Filmoteca
de Catalunya

La Novela Semanal Cinematográfica

REDACCIÓN } VIA LAYETANA 12
ADMINISTRACIÓN: } TELÉFONO 4423 A
BARCELONA

Año IV

N.º 151

EL NAUFRAGIO DE LA HUMANIDAD

(Epopeya cinematográfica de la vida moderna, en la que se ponen de manifiesto los estragos que en las ciudades del mundo civilizado ocasionan los venenos creadores de los paraísos artificiales.)

Grandiosa creación de Mme. WALLACE REID, viuda del malogrado actor del mismo nombre, secundada por los célebres artistas

BESSIE LOVE, JAMES KIRWOOD y otros.

GRAN EXCLUSIVA DE
PRINCIPE FILMS, Sdad. Ltda.
San Sebastián

Representante para Cataluña, Aragón y Baleares:

JOSÉ CAVALLÉ

Aragón, 225 - pral.

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
PEGGY HYLAND

Esta película ha sido subvencionada por el Gobierno de los Estados Unidos de América, en atención a las utilísimas enseñanzas que encierra para la juventud, como medio de prevenirla contra los terribles estragos ocasionados en todo el mundo por el vicio del opio, de la morfina y de la cocaína.

Película que por su finalidad altamente moralista y humanitaria ha merecido el apoyo de
**NUESTRAS PRIMERAS
AUTORIDADES**

El naufragio de la Humanidad

Argumento de la película de dicho título

PROLOGO

En las tierras fértiles de la India, la Naturaleza creó la planta del opio, la flor maravillosa de la adormidera que debió ser empleada para fines medicinales. Pero esta flor esconde en su cáliz el veneno de la morfina, que, utilizado para fines de lucro por mercaderes sin alma, es una amenaza social.

Bajo su influjo, la locura se ensiorea de sus víctimas. Y arruina las fuerzas espirituales de las razas. Y las naciones, antes poderosas, se desmo-

ronan roídas por el morbo de los venenos orientales. Y los alaridos de muerte acompañan el escándalo de las orgías.

El terrible veneno llega a los puertos escondido en las sentinas de los buques.

Para vender sus mercancías, los traficantes de morfina y cocaína se valen de toda clase de subterfugios.

Espíritus taimados ofrecen el veneno a los ciudadanos del porvenir, los estudiantes de hoy. En las oficinas de comunicaciones, siempre hay un vendedor que corrompe la conciencia de aquellos que debían ser fieles guardianes de la seguridad pública. Y en los salones de recreo, donde se procura matar el tiempo. Y en los barrios donde viven mezclados los obreros, el vicio pobre y los hampones sin fortuna. Y en los penales, donde la morfina da coraje para acaudillar las sangrientas rebeliones. Y en el ejército, por último, los funestos venenos se adueñan de las almas, relajan la disciplina y ocasionan las derrotas de vergüenza y de muerte.

He aquí que en el atrio del templo de la Verdad, una dama habla al corazón de las mujeres.

Es la señora Wallace Reid.

Oíd lo que dice:

—A vosotras, hermanas de todas las tierras del globo, dirijo mis palabras. En mi hogar yo vi morir a mi esposo acogotado por los venenos que ma-

tan dulcemente. La Humanidad naufraga si no descansa en los hogares tranquilos donde reinan la paz, el amor y la salud. La morfina y la cocaína son la guerra, el odio y la muerte. ¡Luchad!... ¡Ayudad al hombre en esta lucha y despreciad los placeres artificiales! ¡Sed sencillas de corazón! .

I

Jimmy, un golfillo sin energías que encuentra en la "cocaína" fuerzas para vivir entre el tumulto de la ensordecedora urbe, entró aquella noche en el almacén de un judío usurero, donde, con un poco de audacia, podía hallar el botín que le permitiría pasarse unas horas alegremente.

Se detuvo cerca del mostrador, como si se dispusiera a hacer grandes compras y preguntóle al dueño:

—¿Cuánto vale eso?

Volvióse de espaldas el judío, y Jimmy, aprovechando los segundos, descargó un puñetazo en el cristal del mostrador-vitrina y apoderóse de una joya.

Corrió, luego, pero no tan de prisa que la policía no se interpusiera en su camino, y a pesar de que una amiga suya, una mocita chula, intervino en su favor, Jimmy fué detenido.

¡Quién tiene valor para decirle a una madre que su hijo es un ladrón!

La madre de Jimmy estaba preparando el al-

muerzo, cuando llamaron a la puerta de su piso.

Era un agente de la autoridad, y de sus labios ella oyó lo que acababa de suceder.

Llorando su desventura, la pobre señora dirigióse en busca de consuelo al cuarto de sus vecinas: Mary, una muchachita pálida y triste, que de sus



... y de sus labios ella oyó lo que acababa de suceder.

amores callejeros había tenido un niño, y su madre.

—¿Que ha robado al judío usurero?—preguntó la madre de Mary, después de oír el relato de la detención de Jimmy.—¡Pues merece un premio!

—Mañana la acompañaré a casa del abogado Mac

Holland—intervino la muchacha.—Su esposa es la providencia de los desgraciados.

—Yo pagaré sus favores con mi trabajo—prometió la madre de Jimmy con voz llorosa.—Seré su esclava, haré lo que sea con tal de que salve a mi hijo.

—Ella nos ayudará porque conoce todos los dolores de la vida.

Al día siguiente, Mary acompañó a su vecina al hogar del abogado Mac Holland, cuya esposa, Elena de nombre, era el ángel tutelar y el rey mago de los pequeñuelos sin fortuna.

La ilustre dama las acogió con su característica benevolencia.

—Señora..., yo soy Mary—explicó la jovencita, temerosa de que no la reconociese.—Soy aquella bordadora a la que usted colocó en los Grandes Almacenes, donde ahora me gano la vida... Ante su bondad venimos a exponer una gran desgracia.

Con palabras temblorosas, la madre de Jimmy refirió la desgracia que le afligía.

—Mi hijo no es un ladrón profesional. Pero conoció en un "cabaret" a un vendedor de "cocaína", y desde entonces no sabe discernir lo bueno de lo malo... ¡Va en camino de su perdición!

Su voz fué estrangulada por los sollozos. Oyendo a la desventurada mujer, Mary sentía un extraño azoramiento. Parecía como avergonzada. Y era porque ella también se debatía entre las ga-

rras de hiena del mismo vicio que llevó a Jimmy a la cárcel.

—Mi hijo es bueno, pero está envenenado—añadió la pobre madre.

Elena Mac Holland procuró consolarla.

—Carlos, mi esposo—dijo—tiene mucho trabajo. Creo, sin embargo, que no dejará de defender a ese infortunado joven... Espérenme unos momentos; voy a hablarle de su asunto.

Carlos Mac Holland, el abogado que más cobraba a los ricos para defender gratuitamente a los pobres, accedió de buen grado a los deseos de su mujer, a la que amaba entrañablemente.

El mismo quiso animar a la madre de Jimmy, sosteniendo sus esperanzas y prestándole alientos para soportar la ruda prueba a que la sometía el destino.

—Yo trataré de salvar a su hijo—le aseguró.

En efecto, pocos días más tarde se celebraba la vista del proceso del cocainómano, y la voz elocuente de Mac Holland sonó, segura y cálida de emoción, en el recinto de la Justicia.

—¡Un joven de veinte años sin voluntad, vencido por la cocaína! ¡He aquí la plaga que aniquila a los modernos Estados!... De un hombre que pudo ser útil a sus semejantes, la tolerancia en la venta de venenos ha hecho un manojo de nervios.

Las palabras del orador, justas y acertadas, impresionaron a los jueces y al público.

—Este hombre es inocente—prosiguió Mac Holland.—Este hombre no es un criminal: es un enfermo. Robó, es verdad; pero culpado de ello a los mercaderes que pusieron en sus manos las drogas malditas. Yo no pido su libertad, sino que se le lleve a un asilo donde de este ser inútil hagan un hombre.

La sentencia fué absolutoria, y Jimmy quedó recluido en el Sanatorio donde buscaban salud aquellos que enloquecieron con el éter, el opio y la morfina.

Dirigíalo el Dr. Blake, primera autoridad mundial en la materia.

Sometido al tratamiento riguroso que exigía su enfermedad, Jimmy retorciase convulso en el lecho del dolor, sufriendo las espantosas torturas de los que toman los venenos artificiales, para los cuales ningún martirio como el de la privación de la droga a que han acostumbrado sus organismos.

Cierta mañana, su madre, acompañada de Elena Mac Holland, presentóse en el Sanatorio.

—¡Quiero ver a mi hijo!—rogaba.

Y ella entró en la sala de los vencidos, de aquellos sin ventura que entre alaridos pedían el veneno que había de llevarlos a la muerte.

Jimmy se abrazó a su madre con infinita desesperación.

—¡Una vez sola un poco de cocaína, madre! ¡Una vez sola!—gimió el enfermo.

La buena mujer estrechó a su hijo contra su seno y lloró con él.

—Lo que quieres es un imposible, Jimmy. Ten paciencia y pronto te pondrás bueno.



..Jimmy retorciase convulso en el lecho del dolor...

En el locutorio del Sanatorio, Elena hablaba con el Dr. Blake de Jimmy.

—¿Cree usted que se curará?

—Es joven y puede salvarse. Lo terrible sería que volviera a caer en el vicio cuando salga de aquí.

—Yo espero que una vez curado, no reincidirá

—observó Elena.

—Tendrá que rehuir a los vendedores de drogas, que lo perseguirán—afirmó Blake.—Son gentes que no perdonan a sus presas, porque temen la delación.

—¡Pero... y la ley, y la policía!

El doctor tuvo un gesto de amargo desaliento.

—¡La ley, la policía!... Nada pueden hacer cuando la sociedad viciosa, enferma, es la que protege, ampara y esconde a los mercaderes de la locura y la degeneración!

La madre de Jimmy volvió a reunirse con su protectora y juntas salieron del Sanatorio: la primera con el alma iluminada por la esperanza de que pronto vería a su hijo restablecido, y la segunda con el pensamiento turbado por las palabras que le había dicho el doctor.

II

Una noche, hallándose Mac Holland trabajando en la redacción de la defensa de un condenado a muerte, sintióse de pronto vencido por el cansancio, con el cerebro torpe y el espíritu lleno de nieblas.

Dos o tres veces intentó reanudar su labor y la pluma cayósele de las manos.

Pasóse las manos por la frente con una inquietud que se agrandaba al recordar que no podía aplazar su trabajo, pues de él dependía la vida de un hombre que, por hambre, robó y, en un minuto de locura, arrebató la vida a un semejante.

Necesitaba, por encima de todo, apaciguar sus nervios, esclarecer su pensamiento ensombrecido. Acordóse de Blake y le dió un telefonazo.

—El doctor está pronunciando una conferencia—le contestaron.

Mac Holland hizo memoria de que, en un club mundano, le habían presentado a un socio nuevo que, aunque se ignoraba con qué título, hacíase llamar especialista en enfermedades nerviosas.

No tardó en acudir el clubman y el abogado le expuso sus deseos.

—Doctor, a su ciencia le pido el milagro de tener energías para trabajar toda esta noche. La vida de un hombre depende de la defensa que estoy redactando. Necesito lucidez y elocuencia.

—Trabaja usted demasiado—indicóle el especialista.—Esta es la verdadera enfermedad de los hombres actuales.

—Mi labor no admite aplazamientos. ¿Qué remedio pone a mi mal?

El especialista abrió un maletín que, a prevención, había llevado consigo y extrajo de él un pequeño tubo.

—¡El mejor!... ¡El que hace olvidar los dolores al enfermo y el que da energías al sano!... ¡Morfina!

Mac Holland se hizo atrás con espanto.

—¡Nunca!

—¿No dice que quiere energías?

—La morfina es un peligro—aseguró Carlos, recordando el caso de Jimmy.—¿Ha tomado usted inyecciones alguna vez?

—Siempre que lo necesito... y ya ve usted, estoy bueno y sano... La morfina y las demás drogas heroicas sólo producen trastornos en los débiles, los hambrientos, los predestinados al robo, al crimen, a la locura.

El abogado trataba de resistirse. Volvió a coger

el informe de su defensa, y al leer las letras temblonas y vacilantes, dudó.

—¿Y una inyección me dará fuerzas?—preguntó.

—Haga la prueba... ¡En este tubito está la vida del condenado que ha de salvar!

Carlos evocó el patíbulo que se levantaría para su defendido si él no lograba salvarlo, y la espantosa visión le decidió a envenenar su sangre.

Y aquella noche, la paz del hogar fué turbada por los trágicos aullidos de la hiena que se esconde en los venenos orientales. Y desde aquel entonces, en la soledad de su despacho, un hombre abjuraba de su razón para pedirle deleite y energías al veneno.

El proceso de aquella caída duró poco. A la primera inyección, siguió la segunda, y Carlos, ilusionado por las ficticias fuerzas que hallaba cada vez que recurría, por hastío o cansancio, a las drogas, comenzó a inclinarse sobre el abismo que esconde en su seno las furias de la degeneración y de la muerte.

Mac Stone, traficante de las llamadas drogas heroicas, lo visitó un día.

—¿A quién tengo el gusto de hablar?—inquirió Carlos.

—El doctor Coglius me ha suplicado que venga a ofrecerle mi mercancía.

Y Carlos adquirió un tubo de morfina. Su voluntad estaba vencida.



—¡Una vez sola un poco de cocaína, madre! ¡Una vez sola.

Curado de su enfermedad y de su vicio, Jimmy regresó al hogar donde le esperaban los brazos abiertos de su madre.

Elena Mac Holland quiso disfrutar de la alegría de la buena mujer y acompañó al joven, al que dejó gustando de las maternas caricias para hacer una visita a Mary, que vivía en una habitación del mismo piso.

La muchacha no se encontraba en casa. Elena cogió al hijito de su protegida, que lloraba en el regazo de la abuela y se dispuso a esperar.

—¿Por qué llora tanto esta criatura?—preguntó.

—No lo sé... Sólo duerme cuando está en brazos de mi hija... Entonces se queda como muerto.

La madre de Mary levantóse para salir.

—Ya que usted va a esperar a mi hija, con su permiso voy a hacer unas compras.

Quedóse sola la señora Mac Holland, meciendo al niño, que no cesaba en su llanto.

Poco después llegó Mary. Parecía muy nerviosa. Apenas si contestó a su protectora. Súbitamente corrió a su habitación, desnudóse un brazo e inyectóse un poco de morfina.

Con los ojos dilatados por el asombro, Elena la vió gracias a un espejo, en el que se reflejaba la muchacha.

—¡Ella también!—exclamó Elena.

—¡Sí, ella también! Agotadas las energías en la terrible lucha por la vida, fracasada en sus llu-

siones por culpa de unos amores funestos, la modistilla era otra víctima de la moderna plaga social.

La criatura seguía llorando, y Mary tomóla en sus brazos para darle el pecho.

Elena sintióse presa de un arrebató de cólera.

—¡Asesina!—gritó.—He visto lo que acaba de hacer.

—No sé de qué me habla—pretendió excusarse la obrera.

—¡Está matando a su hijo con el veneno que puso en su sangre!

Mary se irguió desencajada y furiosa. Un momento sus manos se crisparon agresivas. Elena la miró compasivamente, y la muchacha, removida en todo su ser por la pena, cayó a los pies de la señora Mac Holland, que la alzó del suelo estrechándola contra sí.

La modistilla se puso entonces a referirle la triste historia de su vida. Había amado y había sido engañada en su amor.

—Ahora enveneno mi vida para olvidar—concluyó.—¿Qué más puedo esperar que la muerte redentora?

Guardó silencio. Bruscamente se puso en pie y corrió a una ventana, con el propósito de arrojar-se por ella.

Elena la contuvo recurriendo a todas sus fuer-

zas. En aquel momento oyóse la voz de la madre, que volvía de la calle.

La infortunada joven acercóse sollozando a la anciana.

—¡Madre, madre mía!... ¡No soy nada! ¡Quiero morir!



Elena la contuvo, recurriendo a todas sus fuerzas.

—No, tú eres mi hija... ¡Yo te haré querer a la vida!

Aquel día, Harris, un aventurero, hombre de mala vida, revendedor de morfina y cocaína, fué detenido por una brigada de policía dedicada a la persecución de los vendedores de narcóticos.

Viéndose perdido, Harris acusó:

—¡Detened a Stone!... ¡Ese es el amo de todos nosotros!

Dos agentes se presentaron en la morada del traficante.

—Caballero, una acusación firme ha sido hecha



—No, tú eres mi hija... ¡Yo te haré querer la vida!

contra usted—le anunciaron.

A la misma hora, camino del Sanatorio iba otra víctima, Mary, mientras el granuja de Stone, en busca de defensa elocuente, dirigióse al despacho de Mac Holland.

El abogado escuchó al mercader envilecido, con

la atención que hubiera prestado a un cliente honorable.

—La policía me acusa. Usted, por el bien que le han hecho mis drogas, debe defenderme. Usted, hombre de autoridad, será escuchado por los jueces.



¿Quién pagaría las culpas de tantos males?

Y ante la sorpresa de la ciudad, se vió que el abogado del pueblo obtuvo la libertad para un traficante de venenos.

Y el perdón para Stone llegó cuando la nueva víctima, Mary, la modistilla desgraciada, se retiraba entre alaridos de locura.

¿Quién pagaría las culpas de tantos males?

III

Mac Holland continuaba hundiéndose en las simas del vicio.

Una noche, de regreso de una fiesta, su mujer le dijo:

—Carlos..., háblame francamente. En la fiesta me han dicho que tus ojos tienen el brillo de aquellos que toman morfina. ¿Eso es cierto?

—No digas tonterías.

—Eso no es una contestación a mi pregunta. ¡Dime la verdad! Todos han observado tus maneras, tu inquietud, tu excitación nerviosa.

De cualquier manera, con esa impaciencia y torpeza del que ve descubierta su falta, Carlos desentendióse de su mujer y se quedó solo en su despacho.

Pero en su espíritu había prendido la dulce y triste queja de Elena, y aquella noche desarrollóse el drama de su voluntad que quería rehuir el veneno, la infernal droga que reclamaba la posesión de su víctima.

Al fin, la voluntad venció, y en un gallardo arran-

que de energía, Carlos vertió en la alfombra el contenido de un tubo de morfina.

—¡Maldita la hora en que probé tu encanto!

Una carta urgente vino a destruir el efecto de su conducta, tentándole de nuevo. La carta era de Stone y decía:

“Gracias por su defensa. Ahí va mi pago.”

Envuelto en el pliego, otro tubito de veneno encendió los ojos de Mac Holland, quien sintió una vez más la terrible caricia de una inyección.

Elena, que vigilaba, supo entonces la espantosa verdad, y lloró sobre su marido, que dormía envuelto en la atmósfera perniciosa de la morfina.

—¡Pobre hombre mío!

A la mañana siguiente los periódicos narraban la tragedia de Harris, el cual, la noche anterior, al huir de la cárcel había sido muerto por la policía, después de una lucha que también costó la vida a dos de sus perseguidores.

Carlos despertó con la cabeza pesada. A su lado se hallaba su mujer.

—¿Por qué me has engañado?—preguntó ella.

—Yo no tomo morfina por vicio, sino cuando la necesito para trabajar.

Los gritos de los voceadores de periódicos llegaron hasta la morada de Mac Holland.

El abogado sintió como en su mundo interior alzaban las voces del arrepentimiento. Tuvo pena de sí mismo y de Elena, que le miraba con ojos

llorosos, y queriendo salvarse del abismo que se abría a sus pies, abrazóse a su esposa.

—¡Yo he mentado, Elena! ¡Estoy envilecido por esos venenos!... ¡Yo seré un criminal como ese miserable! ¡No me abandones, mujer mía! ¡Cúrame!... ¡Rompe mi brazo cuando me veas en trance de darme una inyección!

El matrimonio confundió sus lágrimas.

—¡No temas, Carlos!... Estaré siempre a tu lado... Iremos lejos de la ciudad, fuera del alcance de todos los envenenadores.

El pobre hombre entregóse como un niño a los cuidados y a las caricias de la bondadosa esposa, y frente al mar, lejos de la ciudad, comenzó una nueva vida.

Pero Mac Holland, acostumbrado a las drogas, sufría las mayores torturas, los más agudos dolores, y en su desesperación exigía a su mujer:

—¡Dame morfina!... ¡Dámela o te mataré!

Elena luchaba con él sin defenderse de sus violencias, hasta que Carlos, dándose cuenta de su ignominia, calmábase para pedirle perdón.

—¡No soy un hombre!—gemía.—¡Soy un pobre loco!

Una tarde, Mac Holland, dominado por una crisis irresistible, lanzóse fuera de la casita en que vivía para dirigirse a la ciudad. Tras él salió Elena. Y Carlos, impelido por su locura marchó como un fantasma, aullando como una fiera, arreba-

tado por sus nervios excitados y por su mente febril, que le hacía ver, sobre las ondas del mar, las deliciosas figuras de unas mujeres encantadoras, que le llamaban, atrayéndole a sí.

Sus fuerzas acababan por abandonarle, y el enfermo, con los sentidos perturbados, cayóse de bruces en la playa, desde donde Elena hubo de llevárselo a casa.

Mary, la modistilla, sentía acercarse la hora de su muerte. Ella era una pobre muñeca rota y le llegaba tarde el reposo compañero de su salud.

A la cabecera de su cama, la madre animaba a la hija despertándole el deseo de vivir.

Del jardín del Sanatorio llegaban los rumores de cantos de los hijos de las enfermas, los pequeños de sangre envenenada que buscaban la curación en las caricias del sol y en el perfume de las flores.

Era en los días tibios y aromados de la primavera.

Oyendo los cánticos infantiles, despertóse en Mary un súbito afán de seguir viviendo.

—¡Yo no quiero morir esta primavera!—exclamó.—¡Yo seré buena!... Madre, yo quiero que mi hijo no sea malo como yo. ¡Que no se pierda, madre!

Las promesas de la anciana calmaron a la enfermita, cuya juventud parecía pronta a vestir el velo negro de los que se desposan con la muerte.

—Madre—rogó de pronto,—cántame la canción de los niños... Quiero dormirte escuchando sus palabras.

La buena viejecita sintió cómo se hundían en sus entrañas maternas las aceradas espinas de un dolor incruento y empezó a cantar la canción de los niños:

“Cuando en el divino mayo
rompe su broche la flor,
sentí nacer el cariño
en mi ardiente corazón.”

Como si fuera un eco, llegó del jardín la resonancia del coro de niños, que repetían:

“...sentí nacer el cariño
en mi ardiente corazón.”

De los ojos de la madre resbaló una lágrima. Y su voz, preñada de angustias, prosiguió:

“Quiero en el cáliz de un lirio
encerrar mi corazón,
para que el lirio le cante
a mi amado una canción.”

Calló la madre. La hija dormía. Inclínose sobre ella y un largo gemido salió de su garganta. ¡Su hija dormía el sueño de la muerte!

Y en el jardín, las voces de los niños se alzaron al cielo, enviando como un mensaje dirigido al alma de la jovencita muerta las dos primeras estrofas de la canción:

"Quiero en el cáliz de un lirio
encerrar mi corazón..."

En el refugio del mar reinaba una paz aparente. Elena, confiando en Carlos, permitíale ahora que saliera solo; y una tarde, dando su acostumbrado paseo, Mac Holland encontróse con un enviado de Stone, que venía a invitarlo.

—Su proveedor me envía para entregarle lo que necesite.

Carlos aceptó el tubito que le ofrecían y la locura volvió a reinar en el hogar.

Una mañana, al tiempo de levantarse, Mac Holland sufrió la horrenda sorpresa de ver a su mujer echando en un vaso un poco de cocaína.

Con brusco ademán arrebatóle el vaso de las manos.

—¿Pero es posible que tú...?

—¿Para qué quiero la vida si tú quieres matarte?

Carlos temió enloquecer. El era el culpable de que su esposa hubiera caído en las garras de los venenos malditos.

Llegó la noche de aquel día.

Bajo el efecto de la droga, Elena parecía dormir.

Carlos hizo un llamamiento a sus energías y rogó:

—¡Dios de los cielos! ¡Dadme fuerzas para dignificarme y salvarla!

Había estallado una tormenta, y entre las sombras nocturnas, en el cielo sombrío, encendiase de cuando en cuando la lumbre de un rayo que iluminaba el paisaje.

Mac Holland no hizo caso de aquel peligro y salió, encaminándose a la estación telegráfica más próxima, desde la que le puso al Dr. Blake el despacho siguiente:

"Con toda urgencia venga a mi casa. Elena en peligro de ser morfínmana.

Mac Holland."

Respondiendo a la llamada del abogado, el doctor acudió al refugio de sus amigos, donde Elena, sin que su marido la oyese, lo tranquilizó con estas palabras:

—Para que él la aborreciese, le hice creer que yo había caído en su terrible aberración.

Blake dispuso que Carlos se trasladara al Sannatorio, y una vez curado por métodos enérgicos, volviendo a ser el que había sido, empezó una campaña de prensa contra los mercaderes de opio.

Obedeciendo a la campaña, pronto comenzaron las detenciones, y Stone, temiendo el castigo, acudió a su antiguo defensor.

—No olvide que usted me defendió—le dijo.

—No le defendí yo... Le defendió un enfermo.

El traficante salió del despacho sin esperanzas de encontrar la salvación en Mac Holland, y Elena, que había oído las enérgicas palabras de su es-

poso, entró en su despacho para abrazarlo llena de amor y de ternura.

—¡Vuelves a ser mi hombre, Carlos mío!

El la besó en los ojos.

—Es obra tuya... Sin ti no me hubiera arrancado el vicio que ya me dominaba.

Días más tarde, en una reunión destinada a extirpar la campaña contra los venenos artificiales, el abogado pronunciaba un vehemente discurso.

—La batalla ha de darse en todas las naciones—dijo.—Las estadísticas de criminalidad a causa de la morfina son aterradoras. He aquí el veneno que nos arruina, que destroza los cerebros privilegiados, que corta el ritmo de la marcha del mundo...

La influencia de la campaña despertó en Jimmy, que había vuelto a caer en su antiguo vicio, el deseo de tomarse justicia por su mano.

Fué una mañana, a la hora de más tránsito por las calles.

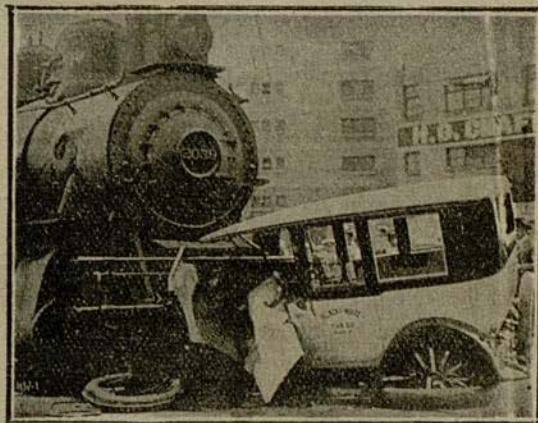
Encontrábase Jimmy en su puesto de "chauffeur" cuando vió venir hacia su coche al culpable de su desgracia y de tantas otras, al vil Stone, que había logrado escurrirse de las finas mallas de la ley.

El traficante subió al "taxi", y Jimmy, poseído por la idea fija de la venganza, puso el "auto" a toda marcha.

—Modera la velocidad—le ordenó Stone.

Jimmy no hizo caso. Empezó entonces una carrera loca, verdadera carrera de la muerte.

Presintiendo el fin de aquella carrera, Stone quiso arrancar el volante de manos del "chauffeur", y una lucha bárbara se entabló entre los dos hombres.



...El «taxi» se interpuso y el choque surgió espantoso, terrible.

Más fuerte, Jimmy pudo guiar el "auto" hacia la vía del tren, por la que avanzaba en aquel momento el expreso de California.

La máquina pitó, pidiendo paso. El "taxi" se interpuso y el choque surgió espantoso, terrible.

Cuando la pollefa llegó, Jimmy agonizante dijo:
—¡He hecho justicia!

El drama ha terminado.

En el atrio del templo de la Verdad reaparece la dama enlutada que llora la muerte de su marido.

Es la señora Wallace Reid.

Oíd lo que dice:

—Mujeres de buen corazón. Esta farsa es espejo de la vida. ¡Perseverad en esta campaña! Os habla así una mujer que en esta obra ha reflejado la tragedia que enlutó su vida. ¡La vida de artista de mi esposo acabó consumida por el veneno terrible! ¡Vigilad a vuestros maridos en sus horas de trabajo febril! ¡Cuidad de vuestros hijos, que visitan los rojos antros del vicio! ¡Haced que la mujer sea la que venza a estos venenos y la Humanidad nos deberá la vida al salvarla de este espantoso naufragio de todas las energías sociales!

FIN

Prohibida la reproducción

Este número ha sido sometido a la censura militar.
